

**SANTA BEATRIZ DE SILVA,
PEREGRINA DE LA FE
CON MARÍA INMACULADA**

Hna. María Nuria Camps Vilaplana, OIC

Toledo - 2011

I. CAMPO MAYOR: DIOS PREPARA SU OBRA.

Corre el primer tercio del siglo XV, Campo Mayor es una pequeña villa portuguesa de ambiente rural, importante por su cercanía a la frontera, lo cual hace de ella un lugar estratégico defensivo.

Según el documento más antiguo de que gozamos, firmado por Juana de San Miguel, la pequeña doña Beatriz nace en esta localidad alrededor del año 1437, hija de Rui Gómes da Silva, alcalde mayor de Campo Mayor y consejero del rey D. Duarte, y de D^a Isabel de Meneses.

Junto a sus diez hermanos, Beatriz crece en el seno de una familia de hondas raíces cristianas que dará a la Iglesia los preciosos frutos de santidad que hoy contemplamos en ella y en su hermano, conocido como «el beato Amadeo», monje jerónimo en el monasterio de Santa María de Guadalupe, primero, y franciscano, posteriormente, en Italia, confesor del Papa Sixto IV y fundador de los Amadeítas, un movimiento de renovación en la Orden Franciscana, que llegó a contar con decenas de conventos.

Confiada a la esmerada educación de los frailes de San Francisco, Beatriz desarrolla sus mejores dotes de naturaleza y gracia. No es extraño que en este ambiente germine y crezca el amor a la Virgen María y muy singularmente la devoción al misterio de su Concepción Inmaculada, ya que por estas fechas la Orden Franciscana es uno de los más firmes defensores de este Misterio que sólo siglos más tarde, tras fuertes controversias, verá su definición dogmática.

Afirma una leyenda que, por insistente petición de su padre, Beatriz condescendió en posar para la pintura del rostro de la Virgen María del cuadro que actualmente se conserva en Campo Mayor. Histórico o legendario no deja de ser un gesto profético de lo que será su vida: fiel imitación de María Inmaculada y reproducción viva de sus virtudes.

Siendo doncella, doña Beatriz es llevada a la corte de la reina Isabel de Portugal, junto a la cual permanece como dama suya. Tras el enlace matrimonial del rey D. Juan de Castilla con la mencionada reina, Beatriz recorre con ésta las localidades en las que se establecía la corte castellana, siendo Madrigal de las Altas Torres el lugar de permanencia más prolongada. Ahí, Beatriz verá el nacimiento de la que será Isabel la Católica.



Vista de Campo Maior (Portugal). Torres de la Parroquia actual, donde se conserva la pila bautismal y de la Iglesia de San Juan, que conociera santa Beatriz.

II. TORDESILLAS: EL AMANECER DE UN CARISMA.

Asentada la corte por algún tiempo en el Palacio de Tordesillas, doña Beatriz frecuentó el monasterio de Clarisas, en cuya iglesia pudo seguir alimentando su vida espiritual.

Siendo muy hermosa doncella, según afirman todos los biógrafos, aventajaba a todas las demás damas en gracia y dulzura. Su belleza física atraía las miradas de todos y su nobleza de espíritu despertaba la admiración de quienes la trataban. La belleza de Santa Beatriz era reflejo de una rica y equilibrada personalidad humana, manifestación de la gracia que adornaba su alma. El encanto de sus numerosas virtudes y, sobre todo, la vida divina que se desarrollaba en su interior trasluciéndose hacia fuera, la hacían mucho más noble que sus títulos. Beatriz no era una joven común, su devoción a la Inmaculada iba imprimiendo en ella una huella de inocencia y candor que le daba un aire singular.

Sin pretenderlo, Beatriz *comenzó a ser festejada y requerida en casamiento de todos cuantos grandes en la corte había. Hasta el rey D. Juan gustaba tanto verla y oírla que la reina cobró celos, bastante para vivir con poco sosiego. Y por esto, con desenfrenada pasión, la hizo encerrar en un cofre, donde la tuvieron tres días. Encomendóse doña Beatriz de todo corazón a la gloriosa Virgen, ofreciéndose a Ella con tantas lágrimas de devoción, prometiendo voto de virginidad de todo corazón, que se le apareció vestida de hábito blanco y azul, y la animó y confortó, encargándole la fundación de una Orden dedicada a la honra del misterio de su Inmaculada Concepción, vistiéndole las monjas el hábito blanco y azul tal como ella lo traía.*

Al cabo de tres días salió doña Beatriz de su prisión como si ninguna cosa de pena hubiera pasado. Liberación debida a la insistencia y búsqueda de su tío, presente en la corte, al percibir, con extrañeza, su ausencia.

Detrás de esta escena podemos descubrir todo un proceso vocacional, del que surgirá una orientación definitiva de la propia existencia hacia Dios. Salvando su inocencia, mantenida en todo momento, y sin rozar su alma con el entorno, Santa Beatriz se mueve en el marco cortesano propio de su época, en el que no faltan las intrigas, los celos, la ambición, las rivalidades y las disputas. Sabemos que *más de una vez hubo peleas con muertes y duelos de los grandes por ella*. Es un ambiente marcado, en definitiva, por las tendencias pasionales que el ser humano lleva dentro de sí y que la «Noticia biográfica» describe como *combates del mundo*.



Baúl en el que estuvo encerrada santa Beatriz, conversado actualmente en Toledo.

Nos consta que la misma Santa Beatriz no pasaba ignorante ni indiferente ante esta realidad, *pareciéndole muy peligrosa*. Conoce cuanto ocurre, y crece bajo la protección continua de la gracia y el amparo de la Virgen María. Sin embargo, se ve obligada a tomar una postura frente a todo ello, es la hora de la decisión. Estamos ante un hecho clave de crecimiento y maduración en su vida: su proceso vocacional en el que, como en toda vocación, aparece la doble vertiente de llamada divina y respuesta personal, traducida en seguimiento de Cristo.

Por parte de Dios hay una elección y misión expresamente manifestadas, *queriendo mostrar nuestro Señor sus maravillas en esta su sierva, escogiéndola como instrumento para esta obra*.

Por parte de Santa Beatriz la respuesta es clara y pronta. Expresada en un voto de virginidad, bellamente descrito como un *devolver al Creador lo recibido*. Así, *consagró su hermosura al Señor que se la dió*. Consagración que se concreta de modo inmediato en la salida de la corte y que se expresará, una vez en Toledo, a través del velo blanco con el que, desde el inicio de su nueva vida, cubrirá su rostro —como recordaremos más adelante—. Ella no ha nacido para deleites carnales ni para intrigas cortesanas. Su mirada se dirige mucho más arriba: hacia los bienes celestiales; sus ojos superan las realidades terrenas para abrirse al horizonte de lo trascendente y su corazón se eleva hacia un amor que no se funda en la belleza pasajera que adorna su rostro, sino en la contemplación de Aquél que la amó primero y la creó para su gloria.



Detalle del óleo "Desposorios de San Joaquín y Santa Ana". El rostro de la donante pudiera ser el de santa Beatriz.

Beatriz ha sido cortejada por otro Esposo mejor y ahora se dispone a dejarlo todo por Él. Tiene además una misión especial que llevar a cabo, aunque todavía no sepa bien el modo y el momento. Hundiendo sus pisadas en la providencia divina, camina hacia Toledo, mientras en su pensamiento permanece grabada a fuego la visión de aquella Madre Inmaculada y su encargo de fundar una Orden en su honor.

Dos colores se han grabado en sus pupilas: el blanco, que confirma su seguimiento de Cristo Redentor, abriéndose a su gracia como lo hiciera María Inmaculada, en pureza, sencillez y libertad; el azul, que eleva su mirada enamorada, en gozosa esperanza, hacia el que

es el Trascendente y el Eterno. Dos colores que, en María Inmaculada, funden la riqueza de su significado: liberación de toda atadura, al servicio del amor. Impregnada el alma por estas dos tonalidades, Beatriz avanzará ligera hacia la auténtica libertad que dilata todo su ser hacia el amor pleno y verdadero. El arco iris que brilla ahora en la vida de la joven Beatriz es blanco y azul, la alianza está sellada.

TOLEDO: LA FECUNDIDAD DE UNA SEMILLA

El abandono de la corte y su decisión de retirarse en el marco de la vida monástica no están motivados tanto por el temor cuanto por la fidelidad esponsal que brota del amor. El camino desde Tordesillas a Toledo era largo, dificultoso y arriesgado dadas las circunstancias, pero Beatriz ha sellado con su voto de virginidad un pacto eterno que sostiene la razón de ser de su existencia. Un día dejó su tierra natal, ahora quedan atrás otros afectos. Tal vez no sepa muy bien cuál será el paso siguiente pero el amor la hace audaz para arriesgarlo todo por Aquel que se ha convertido en su Esposo y su garante.

Narran los biógrafos que *en el camino oyó que la llamaban y vio venir dos frailes de San Francisco. Tuvo ella gran temor pareciéndole se los mandaba la reina para confesarla pensando que nuevamente peligraba su vida. Mas llegando a ella le quitaron todo temor y, confirmando el encargo recibido en el cofre, le anunciaron que sería madre de muchas hijas, cosa que Beatriz no comprendió de momento plenamente pues había hecho voto de virginidad perpetua.* La joven Beatriz camina de un asombro a otro. En el interior de aquel cofre le había sido dado un tesoro de valor incalculable, que al presente lleva en lo más íntimo de su ser. Ahora recibe un anuncio de maternidad que no acaba de comprender. Sin embargo, la luz que en la oscuridad de su prisión se había encendido en su alma, no podía ser ocultada, debía mantenerse encendida para, llegado el momento, ser puesta en un lugar elevado y visible, de modo que alumbrase a todos los de la casa. La vida de santa Beatriz había quedado vinculada a María Inmaculada, y como ella, desde su virginidad, es invitada ahora a abrirse a una maternidad que desborda toda perspectiva humana. Virginidad fecunda, turbación y asombro, anuncio de maternidad, asentimiento en la fe, se dan cita en el corazón de esta mujer fuerte que, prolongando ahora el sí de María en la historia acoge el proyecto de Dios en su vida y en la historia, en absoluta disponibilidad.

La narración evoca el relato de los discípulos de Emaús y, como en aquella noche -una vez iluminada la mente y ardiente el corazón- el Maestro desapareciera, así aquellos benditos frailes desaparecen de modo misterioso, dejando consolado y encendido el corazón de Beatriz. Más tarde reconocerá en ellos a San Francisco y San Antonio de Lisboa, de quienes era muy devota.



Vista general de Toledo



Espadaña del Monasterio de Santo Domingo el Real (Toledo)

Llegada a Toledo, Beatriz fue recibida en el monasterio de Santo Domingo el Real, *como un ángel del cielo que Dios les enviaba, en el que estuvo recogida en hábito seglar y donde comenzó a dar muestras de santidad y nobleza*, donde permaneció durante treinta años. La sencillez de esta etapa de su vida nos recuerda que lo más valioso no es lo que más deslumbra a los ojos humanos y que las obras grandes se desarrollan habitualmente en medio de una existencia humilde, discretamente silenciosa, marco especialmente querido por Dios para hacerse presente y desvelar sus secretos más íntimos.

Dedicada a la oración continua, se ejercitaba en obras de caridad, humildad y demás virtudes, madurando progresivamente en su amor a María Inmaculada, siendo *muy devota de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y del Santísimo Sacramento*. Sabemos además

de su devoción a San Rafael, San Juan Bautista y Santa Ana. Edificó también con sus rentas los claustros del monasterio y el Capítulo *en memoria del beneficio que Dios la había hecho en sacarla del mundo*.

Así, la existencia de Beatriz fue una *constante elevación de todo su ser hacia Cristo, como flor que eleva intacta su corola a fin de acoger el primer rayo de sol*. Los gestos de su vida en Santo Domingo -su ruptura con lo terreno, su opción por la soledad y el silencio, su vida penitente y oculta orientada a la oración, la fecundidad de su virginidad, su caridad extrema con los pobres- muestran cómo fundamentó su existencia en el amor auténtico, el que busca a Dios sobre todas las cosas, el que se manifiesta en el amor fraterno y en el perdón generosamente concedido -como hiciera en otro tiempo con aquella reina celosa que decidiera su muerte-. Aquella joven candorosa, que un día saliera de su prisión en Tordesillas convertida en mujer fuerte, irradia, en la madurez de su vida, libertad de espíritu, y se hace eco de la búsqueda de la verdadera sabiduría a través del desprendimiento de los bienes terrenos y la adhesión a los divinos.

A partir de su estancia en Santo Domingo, Santa Beatriz cubrió de continuo su rostro con un velo blanco, no sólo por penitencia y comunión con la Pasión de Cristo, sino también en señal de su total consagración a Dios. La austeridad que abraza Beatriz es, ante todo, penitencia amorosa, es consecuencia de su voto de virginidad. Con su gesto expresa que también su vida penitente es una expresión de sponsalidad, en respuesta de amor al amor primero de Dios. El velo que cubre el rostro de Beatriz es signo de una opción de soledad y apartamiento del mundo para dedicarse a sólo Dios, es ocultamiento para el recogimiento y silencio para la escucha de una voz que viene de lo Alto; silencio como marco vital en el que transcurre su vida y todo su hacer sponsal. Detrás de aquel velo, de la mano de María Inmaculada, compartiendo su actitud silenciosa ante el misterio de Dios, se estaba realizando el más bello misterio de transfor-

mación del rostro de Beatriz en la imagen del que es «*el más bello de los hombres*».

Esperaba así la hora de poder llevar a cabo la misión encomendada por la Virgen Inmaculada varios años atrás. El encargo de fundar una Orden, cuyos miembros siguieran a Cristo honrando el misterio de la Inmaculada Concepción de María seguía latiendo en ella. No podía dar oídos sordos a la petición de Aquella que un día oyera su súplica y a quien ella quería ver amada y venerada por todos.



Escudo de santa Beatriz. (Santo Domingo el Real)

Siendo doña Beatriz muy estimada de la reina Isabel la Católica, ésta la visitaba con frecuencia y agrado. Concedora de lo acontecido en Tordesillas y del encargo de fundación hecho por la Virgen, colaboró en cuanto pudo para llevar adelante dicha empresa, apoyando la petición elevada a Roma de la aprobación de la nueva Orden y cediéndole los Palacios de Galiana, donde se encontraba la capilla de Santa Fe.

La oración, *espejo en el que miraba la luz divina*, es el marco habitual en el que Santa Beatriz escucha el querer de Dios. Los largos años de espera en Santo Domingo no son signo de desidia ante la voluntad de Dios. Sus biógrafos hablan de la diligencia con que actuó llegado el momento. Avisada por vía sobrenatural de ser llegada la hora, el año 1484 se trasladó a Santa Fe, acompañada por doce compañeras, donde comenzaron a vivir el nuevo género de vida monástica, dedicadas a la honra de María Inmaculada, y elevando al Papa la petición de aprobación de dicho estilo de vida.

Santa Beatriz es una mujer abierta a la novedad del Espíritu. La firmeza de su fe la revistió de fortaleza para mantener encendida hasta el final la llama de un carisma que podía suscitar ciertas desconfianzas a su alrededor, por ser el misterio de la Inmaculada Concepción de María, un tema tan discutido entre los teólogos y al mismo tiempo tan arraigado en la fe del pueblo cristiano. El camino

de desapropiación interior por el que Dios ha llevado a Beatriz, la ha preparado para este momento; es audaz y no teme arriesgarlo todo, sus bienes y su vida, apostando con su opción por la defensa de la Llena de gracia, hasta el extremo de fundar una Orden monástica cuya misión principal es honrar a la Inmaculada imitando sus actitudes y virtudes como estilo peculiar de seguimiento de Cristo. Mientras los teólogos franciscanos defienden en las cátedras la inocencia absoluta de María preservada de toda mancha de pecado en virtud de los méritos de su Hijo, Beatriz hace de su vida un canto a la limpieza de la Toda Santa y reúne un grupo de seguidoras, depositarias del carisma, a quienes hace el encargo de prolongar este canto de alabanza por generaciones sin fin, en la contemplación, la celebración y el servicio en honor de la siempre limpia Concepción de María.

El 30 de abril de 1489, Inocencio VIII daba respuesta a dicha súplica con la aprobación de la nueva Orden, a través de la Bula «*Inter Universa*».

El mismo mes, día y hora, un mensajero se acercó al torno anunciando a doña Beatriz la buena nueva de la aprobación de su Orden. Tras la noticia de tan grata nueva el mensajero desapareció, identificándolo la nueva fundadora, con San Rafael.

Tan gran alegría se convertirá en oscura y dolorosa prueba, al conocer que el barco que traía la bula había naufragado, quedando ésta perdida en el mar. Santa Beatriz se ve sumida en gran tristeza, y *no hizo sino llorar y estar tres días en oración, al cabo de los cuales fue a abrir un cofre y, no sin mucha maravilla, halló ahí un documento encima de todo. Díoselo a Fray García Quijada, obispo de Guadix, rogándole se la leyese y explicase, y se halló que era la bula de la Santa Concepción.*

El 16 de febrero de 1491 se promulgó y se puso en vigor la bula. El 2 de agosto del mismo año se hizo una solemne procesión desde la Santa Iglesia Catedral de Toledo hasta Santa Fe, estando presente el citado obispo Fray García de Quijada. Así recuerdan las crónicas dicho evento: *Alegróse toda la gente de la ciudad, dejando de traba-*

jar, como si fuera día de fiesta muy principal. Y se convidó a todo el pueblo a que de hoy en quince días fuesen a ver tomar los hábitos y velos a las nuevas religiosas.

Sin embargo, los designios de Dios eran diferentes de lo proyectado con tanto gozo, pues *yendo a orar a media noche, Beatriz encontró apagada la lámpara del Santísimo y poniéndose en oración halló que milagrosamente se encendió. Y oyó una voz que decía: «Tu Orden será deshecha por tu muerte, mas florecerá y será multiplicada por todas partes del mundo».*

Con gran solicitud comenzó a preparar nuestra Santa todas las cosas necesarias. Y estando en ferviente oración, le apareció la Virgen María, la cual le dijo: *«Hija, de hoy en quince días has de ir conmigo, que no es mi voluntad goces acá en la tierra de esto que deseas».* Dijo Nuestra Señora, *que acabado el presente destierro se iría a la Patria celestial.* Recibió esta noticia con gran alegría, envió a buscar a su confesor y dispuso su alma con mucho cuidado.



Su vivencia del misterio de la Inmaculada Concepción abre el corazón sponsal de Beatriz al misterio de Cristo Redentor, singularmente amado en su Pasión y en la Eucaristía. Como el Hijo de Dios vive pendiente de la Voluntad del Padre, así Beatriz, que había orientado toda su existencia al querer de Dios, respetando sus tiempos –treinta largos años de espera-, sus modos -no siempre los más lógicos a la razón humana-, el lugar que Él señala –Toledo, lejos de su patria-, acogiendo

unas compañeras de fundación que Dios le envía, vive ahora el desprendimiento de no ver en esta tierra el florecimiento de su Orden,

entregando intacto a Dios el goce de ver realizado aquí su sueño adorado.

Quienes presenciaron su dichoso tránsito testimonian que, *después de profesar los votos en la Orden de la Inmaculada Concepción, al tiempo de darle la unción, le vieron en la frente una estrella de oro, y su rostro tan resplandeciente como cuando la luna más luce. Quiso así nuestro Señor enviar por ella, y así, se fue a ser cubierta en los cielos de la incorruptible vestidura de la gloria.*

Resulta significativo que en la iconografía antigua santa Beatriz aparezca frecuentemente con una palma en sus manos. Esto prueba su fama de santidad, que la acompañó durante su vida y de modo inmediato a su muerte.

Otros autores interpretan este signo como expresión del martirio incruento de quien, según expresión de Benedicto XVI, “vive el Evangelio sin concesiones, cumpliendo su deber”¹. En el caso de santa Beatriz, su compromiso y oblación se desarrolló en el silencio y la humildad, en el que se daban cita el desprendimiento más absoluto de todo lo material, la incertidumbre y la oscuridad de treinta años de espera, la adversidad en los momentos fundacionales más importantes y, finalmente, su muerte en víspera del nacimiento de la nueva Orden. El proyecto de un nuevo género de vida que deberá salir adelante, venciendo dificultades y peligros, sin la presencia física de la que, durante toda su vida, lo había gestado en su alma. En todo caso, sabemos que la vida religiosa surge en la Iglesia como una nueva forma de testimonio de seguimiento de Cristo, de modo que quienes la abrazan se disponen a entregar la vida hasta perderla en la vivencia evangélica vivida con la mayor radicalidad posible.

¹ Ángelus, 28 de octubre de 2007.



Pintura de Juana de San Miguel y Catalina Calderón, primeras compañeras de fundación. Fresco Casa Madre (Toledo)

Sabiendo el desamparo en que quedaban las doce compañeras de fundación, Santa Beatriz no las abandonó, sino que apareciéndose a Fray Juan de Tolosa, a quien cumplió la promesa de mostrarle algún día su hermoso rostro, le rogó fuese urgentemente a Toledo. La lámpara que el Espíritu encendió en Santa Beatriz había sido puesta ahora en manos de aquellas compañeras que, conviviendo de cerca con su madre espiritual, habían recibido el carisma fundacional.

La Orden, que acababa de nacer y morir en su Fundadora, se veía ahora renacer en aquellas hijas fieles que pocos días después profesaban la nueva forma de vida iniciada por Santa Beatriz. Sobre ellas pesa ahora la misión de pasar el testigo a otras seguidoras que se vayan sumando en la empresa de desposarse con Cristo Redentor honrando a la Inmaculada Concepción, en la soledad y el silencio, la oración y la vida penitente del claustro.

Mientras la Orden crece y se expande, tras la concesión de la Bula «*Ex supernae providentia*», dada por el papa Alejandro VI el 19 de agosto de 1494, las compañeras de la Santa Fundadora no cesarán en su empeño hasta ver el carisma claramente plasmado en una Regla propia, concedida por el papa Julio II en la bula «*Ad statum prosperum*» el 17 de septiembre de 1511, cuyo V Centenario celebra la Orden en este año jubilar con ánimo ferviente y agradecido.

Al lector del S. XXI, el ámbito casi medieval y los hechos ya lejanos en la historia, que rodean la vida de Santa Beatriz, pueden parecerle anacrónicos y hasta legendarios. Sin embargo, a través de aquella estrella dorada que sus contemporáneos pudieron contem-

plar en su frente, el frescor de su carisma llega a nuestros días impregnado de actualidad.

La que, *siendo Madre y Maestra, enseñaba más con ejemplo y obras que con palabras*, nos ha dejado un testimonio que se alza por encima de todos los tiempos haciendo patente a los hombres y mujeres de cualquier lugar y condición, que es posible convertir la propia vida en una celebración gozosa del misterio de la Inmaculada, vivir en enemistad con el pecado, en la libertad de la gracia, en la alegría de saberse amado y salvado por un Dios que no tiene límite en su misericordia y su bondad, en la serenidad de quien se sabe cuidado y guiado por Dios amor, en la confianza de quien tiene su esperanza en los bienes que brotan de la Redención de Cristo, en armonía con una creación que ya ha sido restaurada por la victoria de Cristo Resucitado y que aguarda ahora su recapitulación final en Él, en la comunión universal con una Humanidad destinada a participar de la Verdad y la Vida, que es Jesucristo, vencedor del pecado y de la muerte.

Desde hace quinientos años, las hijas de Santa Beatriz, con su hábito blanco y azul, entonando día tras día con su vida y sus labios el *Tota Pulchra* a la Reina del Cielo, recuerdan su presencia en la Iglesia, convirtiéndose en destello de aquel resplandor que un día brillara en el rostro de Santa Beatriz.

III. PEREGRINA DE LA FE

Transmitida de corazón a corazón, mucho más que envuelta en ropajes literarios, Beatriz llega hasta nuestros días con la ternura y el frescor de la Madre espiritual que vertebró el cuerpo y el espíritu de una familia religiosa en la Iglesia.

Mujer profundamente religiosa, educada en la fe católica y en la devoción mariana e inmaculista, cultivó la vida del espíritu en todas las circunstancias de su vida, dejándose iluminar y conducir por el Espíritu del Señor y su Santa operación, en referencia constante a la Virgen Inmaculada, hasta la conformación y transformación de su persona en la persona de Cristo. Consecuente con sus convicciones de fe dio a su vida la dirección y expresión exacta en conformidad con la voluntad de Dios para ella y perpetuó su existencia en la obra que el Señor le encomendara realizar.

El sumario de las virtudes y fama de santidad de la *Positio*, texto que recoge la figura de santa Beatriz presentada y aprobado por Roma en su canonización, tomado a partir de los testimonios de quienes la conocieron, dice así sobre la fe de la santa fundadora:

“Educada cristianamente, Beatriz ya desde su tierna edad creía todas las cosas que la Iglesia propone para creer y ya entonces vivía según su fe. Dios estuvo siempre en su mente y dirigía su vida.

En el palacio del rey quedó claro por primera vez a esta inocente criatura qué significaba el pecado, esto es, la separación de Dios. Su firme fe le dio al momento fuerza para aceptar todas las cosas con tal de no manchar su vida inocente. Movida por la fuerza de esta fe se retiró al monasterio para cultivar un amor mayor y para adherirse más vehementemente a su Esposo Cristo. En efecto, allí llevó una vida ejemplar y santa.

Su fe se mostraba especialmente en los ejercicios diarios de piedad. En efecto, vivía siempre en espíritu de oración, y pensaba sin interrupción con toda su alma en Dios y en Jesucristo crucifi-

cado. Honraba con amor filial a la Bienaventurada Virgen María, principalmente en su misterio de la Inmaculada Concepción. Fue devota de todos los santos, especialmente de san Francisco de Asís, de san Antonio de Padua, san Rafael, san Juan Bautista y santa Ana.

Por su devoción a la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, emprendió la fundación de una orden bajo esta advocación para que promoviera y propagara el culto de la Santísima Virgen María principalmente bajo este misterio.

Por la fe Beatriz conoció que Dios es la verdadera bienaventuranza y que para conseguirla hay que sufrirlo todo en la vida.”.

No contamos con ningún escrito, ni tan siquiera una palabra directa de santa Beatriz. Su vida habla por sí sola. Hemos recorrido su biografía y con ella el itinerario geográfico que realizó. Interiormen- te, santa Beatriz iba haciendo su camino de fe, como peregrina fiel que avanza hacia la meta, a veces por caminos oscuros y desconcer- tantes.

La corte de Castilla, con todo lo que había en ella de encantos y de intrigas; Toledo, una ciudad de gran actividad socio cultural; el retiro en Santo Domingo el Real y los Palacios de Galiana... En cada lugar unas dificultades y unos desafíos que afrontar con coraje y valentía. En todo momento vemos a santa Beatriz responder como mujer creyente, unas veces en su actuación decidida, otras en su espera confiada.

Los tres días de prisión en el cofre de Tordesillas la hicieron “fuerte y fresca como si ninguna pena hubiese pasado”, afirman los biógrafos. A cambio de su confianza filial en María recibe la visita de ésta y la misión de fundar una Orden en su honor. Retirada a Santo Domingo inicia la oscura peregrinación de fe en una larga espera de treinta años en los que el proyecto fundacional originario va madu- rando progresivamente. Santa Beatriz mantiene vivo el recuerdo y vive con el fiel deseo de realizar cuanto la Virgen le encomendara, pero en la permanente incertidumbre del cómo, cuándo, dónde, con

quiénes... De aquella época sabemos que “se entregó a la oración y a la caridad”. Llegado el momento, santa Beatriz pone en marcha el proyecto soñado y cuando parece estar a punto de consumarse, recibe el anuncio de que “no gozará en la tierra de esto que desea”. Otras continuarán la obra que ella deja comenzada, pero que no será realizada más que desde el cielo. Como a Abraham, se le pide el supremo sacrificio, la ofrenda del hijo amado. Sabemos que “recibió la noticia con mucha conformidad y alegría”.

Desprendida de patria y posesiones, como Abraham, en camino por el desierto, como Moisés, Santa Beatriz avanzó firme y perseverante hacia la tierra prometida. Sus silenciosos pasos nos dejan un testimonio y una lección, una respuesta y un estilo de vivir, posibles de integrar en nuestra vida de creyentes hoy: es la actitud de la fe, de quien, como María, no comprende cuando acontece en su vida, ignora los medios por los que Dios actúa, se cuestiona cada día acerca de la voluntad de Dios en cada momento de la propia existencia, vive en la inseguridad, a veces, en la impotencia, otras, pero siempre con la paz, profunda y verdadera de quien confía contra toda esperanza, porque sabe que Dios, omnipotencia y bondad suprema, vela amorosamente, no sólo por las florecillas del campo o las aves del cielo, sino sobre todo por el bien de aquellos a quienes, desde tiempo inmemorial, eligió en Cristo, llamándoles a ser sus hijos.

Según el carisma dado por santa Beatriz, la Orden de la Inmaculada Concepción, íntegramente contemplativa, seducida por el amor eterno de Dios, vive el misterio de Cristo desde la fe, la oración constante, la disponibilidad y el ocultamiento silencioso.

La hermana concepcionista se compromete a vivir las actitudes de la María, prolongado así, en el mundo, la actitud permanente de fe que caracterizó a la Madre de Jesús. Ella respondió al amor infinito de Dios con su Fíat, engendrando al Hijo de Dios y convirtiéndose en cauce de salvación para todo el género humano.

